

Capítulo 10: La voz de la juventud: perspectivas juveniles sobre la guerra, la paz y la reintegración en Colombia

Gabriel Vélez
Atticus Ballesteros
Ariel Sánchez Meertens

Del texto: Erin McFee y Angelika Rettberg (comps). 2019. Excombatientes y acuerdo de paz con las FARC en Colombia: balance de la etapa temprana e implicaciones para la política pública de reintegración, Bogotá: Ediciones Uniandes.

Introducción

La reincorporación de las FARC-EP no sólo es un proceso exclusivo de los excombatientes, el Estado y las comunidades directamente afectadas por el conflicto. En cambio, este proceso involucra a todos los ciudadanos colombianos, desde el contexto capitalino hasta las zonas transicionales donde las FARC-EP efectuaron su proceso de desarme. Mientras el proceso abarca muchos temas y diferentes poblaciones, nosotros queremos dar luz a una población clave: la juventud. Como se ha mostrado en diferentes sociedades transicionales y de posconflicto, la manera en que la juventud entiende un proceso de paz, lo conecta con su propia vida y ve a los excombatientes y los recibe puede influir mucho en el éxito del proceso en sí mismo al corto y largo plazo (Kemper, 2005).

Por su parte, el Gobierno colombiano bajo el presidente Juan Manuel Santos reconoció que los jóvenes deben tener un papel importante en la construcción de una Colombia en paz “preacuerdo” y en la “posacuerdo”. Así se expidió el Decreto 1038 de mayo del 2015 que reglamentó la llamada Cátedra de la Paz, a través de la cual se pensó que los esfuerzos para llevar al país a un estado de paz llegarían a los colegios y las universidades colombianas. Para el gobierno de Santos, las futuras generaciones determinarían, en gran medida, la sostenibilidad de la paz en Colombia con su apoyo al proceso transicional y su contribución activa al desarrollo de una paz positiva en sus comunidades. Este discurso y las políticas subsiguientes, como la misma Cátedra, se sostuvieron sobre una creencia central: los jóvenes sólo van a poder liderar, según dijo el presidente Santos a un grupo de alumnos del programa Ser Pilo Paga, “como individuos y como un colectivo activo, la construcción de la paz” en Colombia si la sociedad y el Gobierno “les entregar[an] las herramientas para hacerlo” (Colprensa, 2016).

Dicho de otro modo, en el mundo político colombiano de ese entonces había una idea muy arraigada que consideraba que, si la sociedad y la educación brindaban la formación necesaria, los ciudadanos del futuro crecerían tomando distancia de las prácticas violentas del pasado, participando activamente en la construcción de una paz comunitaria. Sin embargo, la experiencia de un joven que está formando su identidad personal y como ciudadano es más compleja de lo que esta lectura permite entrever (Haste, 2004). De hecho, hemos encontrado que el discurso político de la paz dirigido a los jóvenes suele desconocer que ellos son agentes activos de su propia formación. Esto quiere decir que no sólo reciben e interiorizan estos mensajes políticos en sus entornos, sino que los procesan, los piensan, los editan y coproducen de acuerdo con sus experiencias y posiciones (Spencer, Dupree y Hartmann, 1997).

Este proceso psicológico involucra bastante; las futuras generaciones procesan, interpretan y responden no sólo a los posibles logros que suponen las transformaciones sociales proyectadas, sino también a los desafíos y las deficiencias que la implementación de los acuerdos y su discurso político relevante presentan. Esto implica mucho más que un compromiso abstracto con la paz, pues son los jóvenes de hoy quienes detentarán el poder en un futuro no muy lejano o, por el contrario, quienes encarnarán nuevas marginalidades sociales. También, significa, que son ellos quienes deciden si están dispuestos a convivir — y a definir en qué términos— con excombatientes como sus vecinos y colegas (o si hicieron parte de las filas, si renuncian definitivamente a las armas).

Los adolescentes colombianos también tendrán contacto en sus colegios y comunidades con los hijos de exguerrilleros. Según el censo socioeconómico de las FARC-EP realizado por la Universidad Nacional, entre los desmovilizados había 680 mujeres que tenían menos de 22 años de edad, y de todas las mujeres, 54 % tenía al menos un hijo. Aunque las FARC-EP ya dejaron sus armas y empezaron su proceso de reintegración, el éxito a largo plazo de su reincorporación va a tener mucho que ver con la posición y las actitudes de los jóvenes contemporáneos. Incluso si no llegan a figurar en el poder de manera directa, en todo caso la juventud de hoy constituye una fuerza electoral decisiva a mediano plazo capaz de orientar o desorientar los cambios sociales y culturales necesarios para sostener una paz estructural. Porque los procesos individuales y sociales de reintegración y reconciliación van mucho más allá de dejar las armas de lado. Estos procesos, además de responder a la

influencia del momento sociopolítico que vive el país, también involucran los estados psicológicos de las futuras generaciones en relación con su entendimiento de la paz y su disposición para construirla.

Al respecto, argumentamos que se necesitan más estudios enfocados en los actuales procesos de interpretación de los jóvenes en cuanto a la paz, tanto los procesos individuales como colectivos. Este tipo de investigaciones es de suma importancia para entender mejor cómo los jóvenes están respondiendo al proceso y cómo sus actitudes pueden influir en su sostenibilidad a largo plazo. Este capítulo toma ese enfoque, analizando 1492 cuestionarios con adolescentes de 40 colegios por todo el país y 96 entrevistas con adolescentes en la zona de Bogotá que se llevaron a cabo durante las negociaciones de paz en La Habana y la fase temprana de implementación. En general, los datos analizados indican que son jóvenes de zonas urbanas más que rurales, y reconocemos que todavía existen escasas investigaciones de este tipo en zonas principalmente rurales. Sin embargo, no hay duda de que los jóvenes de las ciudades colombianas van a tener a desmovilizados como vecinos en sus barrios y escuelas, y el proceso de reinserción social de los excombatientes influirá en las políticas públicas de seguridad y la asignación de recursos públicos en los cascos urbanos (Specker, 2008).

A través de un análisis de las entrevistas y cuestionarios, esta investigación presenta las múltiples perspectivas de los jóvenes en cuanto a su papel como constructores de paz y las condiciones necesarias para la reconciliación y la sostenibilidad de ésta, además de las implicaciones sociopolíticas que el proceso de paz seguirá enfrentando a lo largo de su implementación. Una comprensión sistemática y más completa de estos conceptos es fundamental para una Colombia que lucha por la paz. Esta investigación sólo representa una pequeña muestra y cubre un breve segmento de tiempo. Pero investigar cómo los jóvenes colombianos entienden y hablan sobre la paz en relación con las iniciativas del Gobierno debe ser un ejercicio colectivo continuo. Intentamos dar una idea de cómo se puede hacer y compartimos algunas perspectivas e ideas que encontramos durante el trabajo.

Como conclusión general, nuestra investigación destaca que son críticos los esfuerzos por mejorar las políticas públicas mediante la incorporación de más voces diversas en ellas.

Además, implica un contacto más directo entre la sociedad en general y las personas afectadas por el conflicto, como parte de la educación sobre el conflicto y la paz.

En esta investigación encontramos que muchos adolescentes colombianos estaban dispuestos a recibir a los excombatientes de las FARC-EP en sus contextos locales. Tenían la esperanza de que el perdón fuera posible, y aun necesario. Al mismo tiempo, estaban conscientes de que el proceso de implementación iba a tomar mucho tiempo y querían ver acciones concretas que demostraran que tanto el Gobierno como las FARC-EP estaban de verdad comprometidos con cumplir lo acordado. Al mismo tiempo, a muchos de estos participantes que vivían en zonas urbanas les faltaba contacto directo con excombatientes y víctimas del conflicto para poder conocer sus realidades. Estos jóvenes formaban sus propias perspectivas sobre el proceso de paz, integrando y adaptando lo que veían en los medios, la enseñanza que recibían en el colegio y unas historias aisladas de la guerra que personas conocidas les contaban. Ellos mismos reconocieron que, para formar sus perspectivas, habría sido mejor tener encuentros y experiencias directas con víctimas, desmovilizados y personas directamente afectadas por el conflicto.

Contexto de la investigación

Varias fuentes, de varias maneras, señalaron a los jóvenes colombianos como un enfoque importante del proceso de paz. Aunque no los integraron directamente en el lenguaje del acuerdo final, en el discurso público sobre la paz los mencionaron y en particular los destacaron. Para el gobierno de Santos, los jóvenes eran importantes por ser los ciudadanos de las futuras generaciones, además por su capacidad de influir en los actuales adultos, en particular alrededor de la campaña para el sí en el plebiscito. Las FARC-EP, por su parte, destacaron a los jóvenes por su energía y poder de soñar con algo diferente. En un comunicado de su décima y última conferencia, les pidieron a los jóvenes “no dejar que les maten el amor; recuperar el habla y la utopía; ser jóvenes sin prisa y con memoria; situarse en una historia que es la suya y no convertirse en viejos prematuros” (Las FARC, 2016). Además de estos dos actores políticos, también la sociedad civil prestó mucha atención a la importancia de trabajar de cerca con los jóvenes para apoyar la paz. En el sector educativo, varios programas, currículos y recursos se dedicaron a apoyar la formación de niños y adolescentes como constructores de paz. Éstos incluyeron, por ejemplo, la caja de herramientas del Centro Nacional de Memoria Histórica o *Jóvenes constructores de paz* de

la Alianza Educativa para la construcción de culturas de paz —dos ejemplos entre muchos del país.

El hecho más notable y uno que ha tomado muchos recursos públicos es la Cátedra de la Paz, legislada por el Decreto 1038 del 2015. Este decreto obliga a que todas las instituciones educativas en Colombia incorporen cierto tipo de educación para la paz en su currículo. La norma destaca doce temas de paz que se pueden enseñar y le deja mucha libertad a cada institución para decidir cómo incorporar en su currículo dos de los doce temas expuestos en la ley: justicia y derechos humanos, uso sostenible de los recursos naturales, protección de las riquezas culturales y naturales de la nación, resolución pacífica de conflictos, prevención del acoso escolar, diversidad y pluralidad, participación política, memoria histórica, dilemas morales, proyectos de impacto social, historia de los acuerdos de paz (nacionales e internacionales), proyectos de vida y prevención de riesgos. Según el decreto, el propósito de la ley era “fomentar el proceso de apropiación de conocimientos y competencias relacionados con el territorio, la cultura, el contexto económico y social y la memoria histórica, con el propósito de reconstruir el tejido social, promover la prosperidad general y garantizar la efectividad de los principios, derechos y deberes consagrados en la Constitución” (MEN, 2015). Más de tres años después de la firma de este decreto, la pregunta permanece: ¿qué es el impacto?

Durante la misma época de implementación de la Cátedra de Paz, varios temas importantes influyeron en la enseñanza de la paz en los colegios a nivel nacional. Por ejemplo, el paro de maestros en junio del 2017 mostró las realidades y las problemáticas sociales que también inciden en la manera en que los adolescentes entienden y reciben la educación en relación con la justicia, la equidad, la política y el proceso de paz en el aula. En entrevistas con adolescentes llevadas a cabo ese año, muchos de los jóvenes indicaron una disonancia entre los recursos que hay para el proceso de paz y la falta constante de recursos para sus profesores y la educación en general.

Sobre todo, el fracaso del plebiscito de los acuerdos de paz en octubre del 2016 afectó gravemente el discurso del gobierno de Santos hacia los jóvenes y la paz; mientras que antes el Gobierno enfatizaba en la necesidad de usar la educación para promover la paz en Colombia, ya después del plebiscito no se habló de la importancia de los jóvenes para promover los acuerdos.

Encontramos que estos eventos sociopolíticos influyeron bastante en los jóvenes y sus actitudes frente a los desmovilizados, el proceso de paz y la paz en general. Para un país que reclama paz, es clave reconocer tanto el poder del proceso educativo como la realidad sociopolítica (y las maneras de producir esta realidad en los medios) para formar a los jóvenes, su conocimiento y sus acciones. En particular, encontramos que el sistema educativo forma un espacio frágil pero a la vez clave para la construcción de la paz en Colombia.

Las preguntas para las futuras generaciones

Dado este contexto, nuestro propósito era explorar cómo las generaciones jóvenes estaban captando la historia de Colombia, el proceso de paz, su propio futuro y el futuro del país. Presentamos varias perspectivas consolidadas con el fin de analizar las diversas maneras como los jóvenes estaban interpretando los mensajes, las ideas y los eventos en sus entornos, cómo éstos los influyen y cuáles son las implicaciones para la sociedad colombiana y el éxito del proceso de paz a largo plazo. Para abordar estos temas vinculamos los resultados de dos investigaciones separadas para empezar a construir un conocimiento más general de cómo las actitudes y las interpretaciones de los adolescentes colombianos nos podían ayudar a entender el largo proceso de desmovilización y reincorporación de los excombatientes.

Llevamos a cabo la primera investigación con estudiantes de colegio de noveno, décimo y undécimo grado, indagando sobre sus fuentes y saberes de la historia del conflicto, sus visiones del proceso de paz y el futuro imaginado tanto personal como nacional. Aunque la investigación incluyó trabajo etnográfico y entrevistas semiestructuradas, su aproximación se basó, en particular, en el diligenciamiento individual y libre, pero supervisado de cuestionarios con 25 preguntas abiertas durante los años 2015 y 2016. Sistematizamos 1492 voces juveniles pertenecientes a 40 instituciones educativas distribuidas en 37 municipios del país, cubriendo la mayor diversidad posible: instituciones públicas y privadas, urbanas y rurales, severamente afectadas por la guerra o relativamente al margen de sus dinámicas, en zonas en su mayoría indígenas, afrocolombianas o mestizas, en regiones fronterizas, centrales, selváticas, andinas, llaneras y costeras.

Esta primera investigación sirvió para darnos una visión amplia de cómo los adolescentes colombianos entendían la historia del conflicto y cuáles eran las diferencias importantes

dentro de su entendimiento colectivo. La segunda investigación, en cambio, se concentró más en los jóvenes de Bogotá y las afueras de la ciudad para explorar sus orientaciones frente al proceso de paz y los principales actores de éste. Entre junio y septiembre del 2016, los investigadores entrevistaron de manera semiestructurada a 96 adolescentes de entre 15 y 19 años de edad en 19 sitios educativos de la capital y las afueras. Las entrevistas duraron entre 20 y 40 minutos y trataron varios temas, que incluyeron sus pensamientos sobre el proceso de paz y las posibilidades de perdón y reconciliación entre los excombatientes y la sociedad colombiana. El 44 % de los participantes incluidos en la muestra pertenecían a colegios de estratos 0, 1 y 2; 35 %, a colegios de estratos 3 y 4, y 21 %, a estratos 5 y 6, y el 47% del total de las personas consultadas fueron mujeres.

Los resultados: ¿qué nos dijeron?

Ambas investigaciones revelaron mucha variedad en las opiniones e ideas de los jóvenes. La mayoría expresó ideas complejas y respuestas profundas, y aunque muchos señalaron que sus ideas y opiniones fueron influenciadas por los medios de comunicación y los rumores que escucharon, también expresaron su disposición a escuchar diferentes lados de cada tema.

En cuanto al proceso de paz, ambas investigaciones revelaron que la mayoría de los adolescentes colombianos estaba abierta al propósito fundamental del proceso de paz: terminar el conflicto armado e iniciar un proceso de reincorporación. Algunos apoyaron la idea del diálogo y la negociación como un mecanismo deseado para la terminación de conflictos; pero eso no se tradujo necesariamente en un apoyo decidido al proceso de paz concreto entre las FARC-EP y el Gobierno. Otros, en especial quienes no fueron directamente afectados por el conflicto, señalaron que se sentían desconectados del proceso por no haber conocido a un/a desmovilizado/a o una víctima dentro de su contexto local. Sin embargo, reconocieron que el perdón y la reconciliación son procesos que requieren años. Este tipo de entendimientos fluidos y cambiantes era la norma.

Conocimiento de la guerra

Dependiendo del colegio, los jóvenes se diferenciaron mucho por su conocimiento de la historia del conflicto, lo que pareció influir en la manera como estaban imaginando lo que vendría a lo largo del proceso de implementación de los acuerdos. Aunque todavía falta realizar un análisis sistemático de las diferencias entre los contextos urbanos y rurales,

dentro de la zona capitalina notamos que para cada estudiante su conocimiento de la historia del conflicto estaba conectado más que todo con los maestros o educadores individuales de su institución. Es decir, es importante mencionar que estas diferencias de conocimiento no están asociadas, necesaria y exclusivamente, con los contextos geográficos o socioeconómicos de los municipios. En cambio, estas diferencias se relacionaban más con la manera en que cada profesor y director escoge tratar el tema de la paz y su cátedra. En los colegios donde los mismos adultos de la institución se habían esforzado por integrar pensamiento crítico e interés en la historia del conflicto y el proceso de paz, se vio una diferencia notable en cómo los alumnos procesaban y hablaban de éste.

Desconfianza e incredulidad

En términos generales había desconfianza e incredulidad ante la viabilidad del acuerdo de paz. Sin embargo, la mayoría de los estudiantes cree que el proceso de paz representaba el mejor camino para el país. A pesar del evidente desencanto con el proceso a nivel nacional, había un gran deseo de apoyar la paz en el contexto local. También, encontramos que muchos querían conocer lo ocurrido durante la guerra y a las diversas personas que participaron en ella o a las directamente afectadas .

En sus conversaciones muchos adolescentes intentaron adentrarse y entender las perspectivas de diferentes actores directamente afectados por el conflicto. Hablando sobre el proceso y la posibilidad del perdón y la reconciliación, trataron de asumir las perspectivas de las víctimas y los excombatientes para exponer sus propias opiniones. Algunos sí conocían a personas afectadas por el conflicto de manera directa, pero la mayoría dependía de las perspectivas mostradas por las noticias u otras redes de comunicación. Tal vez por esto pocos demostraron la capacidad de entrar en la perspectiva del guerrillero común. A través de su conocimiento de la historia, estos participantes reconocieron las razones por las que la guerrilla estaba luchando, por ejemplo, descubrieron la historia de desigualdades socioeconómicas y políticas en el país. Sin embargo, la mayoría sólo se enfocó en la “delincuencia” o el “daño” que la guerrilla ha causado y le costaba tomar una perspectiva más compleja de un miembro de la guerrilla como sí lo pudo hacer con una víctima.

Sin embargo, la prevalencia de los deseos de los jóvenes de aprender y conocer más demostró una condición crucial para una reincorporación efectiva y un proceso

reconciliatorio profundo. Para que estos deseos se realicen, las instituciones educativas deben desarrollar más espacios y programas de encuentro con desmovilizados y otros actores directamente afectados por el conflicto y el proceso de paz para que sus estudiantes puedan aproximarse al conflicto y entender en profundidad las diversas perspectivas.

Género y agresión

Algunos resultados de la exploración en los 37 municipios del país son preocupantes, en particular pensando a mediano plazo y en clave de reinserción y reincorporación. El más notorio de ellos fue que, si bien en una mirada global el diálogo apareció como la estrategia de terminación del conflicto preferida por el estudiantado, una vez desagregados los datos por género, resultó que la salida militar fue la segunda opción predilecta entre los estudiantes masculinos (si bien constituye sólo un 9 %, fue la segunda respuesta más sugerida por los estudiantes, mientras que entre *las* estudiantes ocupó el octavo lugar con el 3 %. Es decir que la vía armada como salida a la guerra se mencionó tres veces más entre jóvenes hombres que entre mujeres).

El problema no sólo radicó en esa preferencia, sino en la agresividad con la que se postulaba. Un estudiante en Arauca consideró, por ejemplo, que la mejor estrategia para finalizar el conflicto armado interno era “[matar] a esos malparidos sin oficio” (comunicación personal, 22 de septiembre del 2015), o como lo planteó uno de sus pares en Istmina, mandando “a exterminar a todas esas personas que hacen parte de esos grupos armados” (comunicación personal, 21 de octubre del 2015). Aunque no se trató de las voces dominantes, fueron lo suficientemente recurrentes para alertarnos sobre los riesgos que estas visiones suponían para el futuro de la implementación de los acuerdos, la reinserción y la reconciliación; más aún cuando quienes expresaban esas posturas radicales eran precisamente quienes estaban llamados a hacer la paz sostenible a largo plazo.

De lo anterior se desprendieron dos elementos cruciales adicionales. Por un lado, estos resultados destacaron el profundo impacto que tienen las nociones de masculinidad y feminidad en las dinámicas de la guerra y su predominante y corrosiva penetración en las mentes de los jóvenes. Por otro, los resultados demostraron la urgencia de repensar las estrategias de socialización y pedagogía, puesto que buena parte de esas voces agresivas y reivindicatorias de futuras violencias provenía de personas que no habían estado en contacto directo con la guerra, notoriamente en Leticia, por ejemplo, pero no sólo ahí. El

camino hacia la reincorporación y la normalización es largo, y el trabajo, sin duda, arduo si jóvenes como éste en Pelaya plantean que para alcanzar la paz hay que “exterminar a las FARC” o si lo que se propone para acabar con la guerra es, como lo planteó un estudiante en El Tambo, hacer “limpieza social”. Tampoco Bogotá se escapó de alegatos semejantes. Un estudiante capitalino propuso, por ejemplo, “propiciar un estado totalitario y sofocar las rebeliones con apoyo bélico” (comunicación personal, 15 de agosto del 2016), lo que puso, incluso, en tela de juicio algunas de las premisas básicas que muchos de nosotros dábamos por sentadas como, por ejemplo, que cuanto más se trabajen temas de memoria, menor es la radicalización. Desafortunadamente por lo menos por ahora, esa afirmación es insostenible, pues donde más notoria había sido la conciencia histórica entre el estudiantado del conflicto armado fue justamente en Bogotá, y esto no impidió la aparición de posiciones violentas.

Fuentes de saberes

Uno de los puntos que exploramos en esta investigación tenía que ver con las fuentes de los saberes de los jóvenes acerca de la guerra y el proceso de paz. Quedó constatado de manera contundente que los conocimientos juveniles del conflicto armado provienen fundamentalmente de la televisión. Quizás eso explique que, a pesar de creer, en teoría, en los diálogos, la posición de un estudiante de mente abierta frente a los acuerdos de paz correspondiera con las mismas tendencias y polarizaciones de la opinión pública. Pareciera que, más que las vivencias propias, lo que determinó la postura de los jóvenes frente a la negociación fue su consumo mediático. Muchos de nuestros participantes mencionaron de manera explícita los medios de comunicación (como los noticieros o la Internet) y sus colegios como los lugares donde más aprendieron sobre el proceso de paz. Por ejemplo, un estudiante de un colegio privado del norte de Bogotá anotó:

Primero, las noticias. El noticiero. La radio también. Cada vez que se sacaba un acuerdo, lo explicaban. La verdad no he leído mucho —debería hacerlo pero no he leído. Y además el colegio. Sobre todo el colegio. A uno le explica. Le pregunta a un profesor, oye, explícame por favor por este paso de La Habana. Y ellos explican. (Comunicación personal, 15 de julio del 2016)

En este contexto planteamos que los ejercicios de reincorporación deben desarrollarse en espacios más integrados acompañados de la familia y que en esos espacios se realice un

trabajo de análisis conjunto de lo que los medios dicen de la guerra y la paz. Es decir que la pedagogía de la paz tendrá un efecto muy limitado si no se articula con un consumo mediático más crítico y responsable, y vinculado a los contextos más importantes para esto: la familia y el centro educativo. La socialización en un espacio íntimo como la familia forma una parte fundamental del aprendizaje de niños y adolescentes, así como la transmisión intergeneracional de actitudes y creencias que sustentan el conflicto (Bar-Tal y Teichman, 2009). Nuestros resultados muestran que estos procesos de aprendizaje y socialización ya están pasando en las familias, pero sin una conexión clara con las instituciones educativas. Por ejemplo, la respuesta de esta adolescente bogotana de clase media muestra cómo la familia puede tener un papel importante en la comprensión y la socialización de estos adolescentes:

Yo creo que en el colegio nos están enseñando bastantes cosas. Y pues las noticias nos informan bastante. Y pues telenovelas y cosas así. Pero yo creo que lo que más ha marcado mi vida ha sido que, donde vive mi abuelita, las FARC —la guerrilla— es abundante. Me cuenta que allá se puede sentar a almorzar con una persona guerrillera y ¡no se da cuenta! Y pues no sé, uno se sentaba a almorzar y escuchaba las personas diciendo como, “¡Ay! Vamos a matar a ese señor”, o tal cosa. Para el receso de vacaciones de este año fuimos y nos contaron que ya las cosas se sienten muy diferente. Ya como que sí, cambian las cosas. (Comunicación personal, 7 de julio del 2016)

Esta participante reconoció la influencia de los medios y el colegio. Pero de todos modos, fueron la familia y las experiencias de sus familiares las que más formaron la perspectiva que tenía acerca del conflicto y el proceso de paz

No obstante, había muchas voces juveniles que no sólo eran optimistas, sino que demostraron la falacia de asumir a la nueva generación como pasiva y desinteresada. Varios estudiantes sugirieron salidas generosas de carácter económico, como éste de Planadas que propuso “que todos los guerrilleros se entreguen, con armas y todo y el Gobierno les dé mucha plata para que sean felices y dejen el conflicto” (comunicación personal, 27 de julio de 2016). Otros propusieron intervenciones pensadas en términos de salud mental, como lo sugirió una niña en Leticia, al señalar que lo que se debía hacer era “tener muchos

psicólogos para cambiar la manera de actuar y de pensar en la vida” (comunicación personal, 5 de noviembre del 2015).

Interés en el proceso

Las entrevistas también destacaron un gran interés en el proceso de paz. Es decir, los adolescentes mostraron que le daban importancia a lo que estaba pasando con el proceso de paz, que estaban tratando de entender y respetar las perspectivas de las personas directamente afectadas por el conflicto armado y que tenían la capacidad de involucrarse en el trabajo necesario para llevar a cabo los acuerdos.

Este interés estuvo más presente en el contexto del período entre la firma de los acuerdos de paz y el plebiscito. La mayoría de los adolescentes notó que el proceso de paz era importante para ellos por las posibles consecuencias que podría traerles. Algunos hablaron de los beneficios y oportunidades propios, como la posibilidad de que después de la guerra el Gobierno podría invertir más recursos en su educación. Otros describieron los efectos políticos que temían, por ejemplo, que Colombia estaba en camino hacia lo que se veía en Venezuela. Aun otros pensaron en el futuro de sus contextos locales, respondiendo a preguntas sobre el proceso de paz con preocupaciones acerca de la falta de seguridad ciudadana en sus entornos.

Aunque les interesara el proceso, notamos que les faltaban espacios para desarrollar su interés en el tema de una forma profunda. Los participantes que habían tenido varios eventos en sus colegios (como conversatorios, debates profundos y materias que de verdad integran el proceso de paz en su currículo) los recordaban y hablaron de cómo estos eventos los hacían reflexionar sobre nuevos aspectos del proceso de paz y los desmovilizados.

Perdón y reconciliación

También les preguntamos a los adolescentes si creían que el perdón y la reconciliación eran posibles en el contexto temprano del proceso de paz. Muchos acordaron que sí era algo que se podía lograr y que ellos mismos estaban dispuestos a hacerlo. En porcentajes, 31 % dijeron sí; 29 %, que no; 15 %, que depende de la situación y lo que hizo el excombatiente, y el resto (25 %), que no estaban seguros. Entre estas respuestas, los jóvenes anotaron que estos conceptos de perdón y reconciliación tenían sentidos diferentes para cada persona. Un joven de un colegio privado del norte de Bogotá, por ejemplo, dijo:

Básicamente la gente que la ha vivido, que ha sido afectada, que mató familiares y todas las cosas no creo que estén a favor de la reconciliación. Porque bueno, sí ha sufrido la violencia y todo, pero es un dolor que no se puede recuperar. Es algo que no puede cambiar y que lo hicieron y básicamente no va a pasar nada a los que hicieron. Pero la gente que no lo ha vivido, pues nuestra perspectiva es diferente. (Comunicación personal, 18 de agosto del 2016)

Este participante, como muchos de sus compañeros, expresó que no había sólo una perspectiva frente a la reconciliación y que su propia perspectiva tenía mucho que ver con su relación personal con el conflicto. Además, muchos mencionaron que el perdón y la reconciliación sólo se podían obtener dejando pasar el tiempo necesario para que uno mismo se pueda curar. Por ejemplo, un adolescente dijo:

Es bastante complicado, ¿sabes? Porque digamos que no he tenido como el dolor de perder a alguien. O sea, en mi familia, a mi edad, no he visto morir a alguien cercano. Entonces, digamos que no sé qué es este dolor. Y el rencor que vive al diario es un rencor muy leve, muy normal... Por lo que tú dices, de ponerme en los zapatos del otro y de pronto imaginarme esta escena, de estar solo en mi finca y ver a todos mis familiares muertos, pues, yo creo que no me quedaría con brazos cruzados. Y no sé. La verdad salía muy desesperada. No sabría cómo reaccionar. (Comunicación personal, 19 de agosto del 2016)

Este adolescente claramente luchó por entender cómo sería la perspectiva de una víctima. Deseaba entrar en su perspectiva y hablar del perdón y la reconciliación desde allí, pero le faltaba el conocimiento verdadero de las víctimas y sus experiencias.

La realización de la paz

Por último, los adolescentes demostraron la capacidad y el deseo de involucrarse en los procesos y las necesidades que surgirían a lo largo de la implementación de los acuerdos. Para muchos de ellos, la paz empieza desde ellos mismos en sus contextos locales. Por ejemplo, una adolescente de un colegio de los estratos 0, 1 y 2 en Bogotá dijo que “Para mí la paz empieza desde casa. Y esto se masifica. Entonces, si uno en la casa tiene problemas, va a tener en el colegio y excesivamente. Colegio, la comunidad, la ciudad, y el país.”

(Comunicación personal, 1 de agosto del 2016) Para esta adolescente, la construcción de la paz empieza en los contextos más íntimos (como la familia y el colegio) y de allí se puede ir contribuyendo a una paz en contextos más amplios, hasta en el país. Es importante anotar que, cuando hablaron de esta paz, la mayoría estaba hablando de una paz interpersonal. Es decir, una paz que significa “vivir todos como hermanos y sí ser todos felices. Es poder aceptar las diferencias del otro y que el otro acepte las diferencias de uno” (adolescente de Bogotá, comunicación personal, 27 de julio del 2016). Además, muchos distinguían entre esta paz interpersonal y el proceso de paz como política oficial; el desafío tal vez sea que no necesariamente hacían conexiones entre esta paz interpersonal y el proceso de paz oficial.

Reconociendo que a muchos estudiantes les costaba conectar sus ideas de paz local con la paz de la nación, encontramos que a los mismos estudiantes les faltaban maneras para participar activamente en el proceso de paz nacional y para tener mayor voz en la sociedad en general. La gran mayoría expresó un deseo de ser parte de la construcción de paz en su sociedad, pero no podía captar estrategias y espacios específicos para hacerlo. En el contexto de la reincorporación de los excombatientes, ninguno de los entrevistados mencionó un conocimiento del proceso o cómo podría involucrarse para apoyarlo.

¿Y ahora qué? Conclusiones e implicaciones

Más que todo, estas entrevistas destacaron la necesidad de que los adolescentes colombianos tuvieran contacto con las personas más afectadas por el conflicto —tanto las víctimas como los excombatientes (muchos de ellos también víctimas)— y con la implementación de los acuerdos como tal. Este tipo de “contacto” con la paz no necesariamente tiene que surgir de encuentros personales, sino también de la lectura de testimonios, la inmersión en el arte, la actuación, o de ver documentales educativos. Las palabras y los pensamientos de los jóvenes estudiados indicaron que, en muchos casos, deseaban recibir a quienes retornarían de la guerra en su comunidad, aprender de sus experiencias e involucrarse en lo que venía con el proceso de paz, pero también revelaron la fragilidad de esas posturas y las desconfianzas que pululaban sobre todo ahí donde el conflicto armado se percibía lejano y ajeno. Estos son pasos importantes para la construcción de una paz duradera y sostenible en Colombia. Los esfuerzos estructurales para proveerles más apoyo en estos temas pueden expandir bien en el futuro la toma de

perspectivas, al igual que humanizan y amplifican las categorías de *víctima* y *excombatiente* más allá de los estereotipos o retratos dominantes en los medios y las redes sociales.

Los adolescentes colombianos de nuestra muestra no sólo necesitaban concientización y aprendizaje dentro de sus salones; demostraron que estaban listos para trabajar en proyectos activos para que llegara el proceso de paz a sus propias vidas y entornos. Además del contacto con las perspectivas de las víctimas y los desmovilizados, es clave apoyarlos para que adopten una posición crítica frente a las fuentes de información populares para buscar información más amplia y perspectivas distintas. Como miembros de la sociedad colombiana, nuestro deber frente a estos resultados es brindarles a los adolescentes espacios concretos donde puedan agregar su voz y opinión y experimentar cómo la implementación de los acuerdos y la reincorporación de víctimas y guerrilleros a la sociedad impacta sus vidas diarias.

Para finalizar, regresamos a la importancia de estas lecciones que nos dieron estos jóvenes a través de sus palabras y su participación. Hay que tomar en serio sus perspectivas no sólo por el discurso que retóricamente les da importancia como el discurso sobre el futuro de Colombia, sino también porque la literatura y las investigaciones académicas indican que estos procesos de formación, comprensión e involucramiento en procesos de paz afectan las trayectorias y el éxito de éstos. También, los adolescentes se vincularon con muchos discursos contemporáneos sobre el tema de la participación política. Por ejemplo, la baja participación política es una de las razones citadas de lo que pasó con el plebiscito. Además, las curules de paz son diseñadas para promover la participación política entre zonas históricamente afectadas por el conflicto armado. Entonces, podríamos ubicar este argumento sobre la participación política de los jóvenes dentro de estas tendencias nacionales vinculadas con el proceso de paz.

El proceso de paz demanda participación ciudadana para ser exitoso a la vez que intenta mejorar la participación política general en el país a través de acuerdos como el de las llamadas curules de paz. Pero como ya lo vimos con la baja participación electoral en el plebiscito, el proceso requiere formas de participación política, además de lo propuesto dentro de los acuerdos y éstos pueden ser oportunidades para involucrar y formar a los jóvenes. Cualquier esfuerzo para mejorar la participación política en el país debe incluir un

enfoque etario, brindando espacios para el desarrollo de capacidades e identidades de los jóvenes como ciudadanos. Creemos que esta participación se ampliará aún más si su interlocución se hace también a partir de las voces de sus pares en otras regiones del país; es decir, si esa participación supone no un diálogo vertical entre las generaciones, sino un diálogo horizontal entre jóvenes de diferentes rincones del país en un intercambio crítico de saberes locales.

Enfocándonos en la reincorporación de los excombatientes y las víctimas, es especialmente importante tener en cuenta que estas actitudes de los jóvenes colombianos seguirán influyendo bastante en el ambiente que la población desmovilizada enfrenta. Con la Cátedra de la Paz y la prominencia del proceso de paz, hay la oportunidad de trabajar con los jóvenes y desarrollar sus capacidades para construir la paz a través de un enfoque especial en los desmovilizados. Como lo hemos planteado, las mismas instituciones, conociendo sus contextos locales y a sus estudiantes, deberían incorporar encuentros y otras actividades que conecten a los alumnos con los desmovilizados para promover un mejor entendimiento personal de los retos y procesos que enfrentará su comunidad a lo largo del proceso y el acto de tomar las perspectivas de los demás. La construcción de textos escolares escritos a mil voces, revisitando la historia de violencia de Colombia a partir de las voces de estudiantes y excombatientes en diferentes rincones del país, puede así resultar en un ejercicio participativo, empoderador, incluyente y transformador, a partir de la elaboración de estos relatos polifónicos conformados por redes estudiantiles que en su interacción terminan por construir nación. Estas generaciones de jóvenes demostraron su capacidad para pensar críticamente, de querer un cambio y un país diferente, de saber empatizar con la perspectiva de los excombatientes y víctimas y de tener la voluntad de involucrarse de manera más decidida. Para apoyarlos es necesario desarrollar más proyectos que integren el proceso de paz, las perspectivas y vidas actuales de los desmovilizados y las vidas diarias de los mismos jóvenes. Si ellos creen que la paz empieza desde lo más íntimo (dentro de la persona y en sus hogares o barrios), hay que darles los espacios y las herramientas para que lo experimenten.

Referencias

- Bar-Tal, D. y Teichman, Y. (2009). *Stereotypes and prejudice in conflict: representations of Arabs in Israeli Jewish society*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.
- Colprensa (12 de febrero del 2016). “Contamos con la juventud para legitimar la paz”: presidente Santos. *El Universal*, recuperado de <https://www.eluniversal.com.co/colombia/contamos-con-la-juventud-para-legitimar-la-paz-218977-EREU323263>
- Colprensa (6 de julio del 2017). Universidad Nacional entregó el censo socioeconómico de las FARC. *El Colombiano*, recuperado de <https://www.elcolombiano.com/colombia/acuerdos-de-gobierno-y-farc/universidad-nacional-entrego-el-censo-socioeconomico-de-las-farc-NG6855843>
- Galtung, J. (1996). *Peace by peaceful means: peace and conflict, development and civilization*. Londres: Sage Publications.
- Haste, H. (2004). Constructing the citizen. *Political Psychology*, 25(3), 413-439.
- Kemper, Y. (2005). *Youth in war-to-peace transitions: approaches by international organisations*. Berlín: Berghof Foundation.
- Las FARC (septiembre del 2016). *A la juventud comunista colombiana*. Comunicado presentado en la X Conferencia Nacional Guerrillera de las FARC-EP. Recuperado de <https://www.farc-ep.co/decima-conferencia/a-la-juventud-comunista-colombiana.html>
- Ministerio de Educación Nacional (MEN) (25 de mayo del 2015). *Decreto 1038. Diario Oficial*
- Specker, L. (2008). *The R-Phase of DDR processes: an overview of key lessons learned and practical experiences*. The Netherlands: Netherlands Institute of International Relations.
- Spencer, M. B., Dupree, D. y Hartmann, T. (1997). A phenomenological variant of ecological systems theory (PVEST): a self-organization perspective in context. *Development and Psychopathology*, 9(4), 817-833.